

Exilio y escritura en Gustavo Pérez Firmat

María Guadalupe Silva

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / CONICET

ABSTRACT

Although Gustavo Pérez Firmat left Cuba in 1960, at the early age of eleven years old, made almost all of his studies in English, and was integrated into the culture and professional life of the US, the Cuban-american writer still considers himself an exile. This article examines how this identification is produced, in which way Pérez Firmat's essays explore and eventually articulates an identity signed by exile. We see how, for him, the real space of the nation is, first of all, the space of the concrete experience of bodies, language, and memory.

Keywords: Gustavo Pérez Firmat, exile, diaspora, Cuba, cuban revolution.

A pesar de haber salido de Cuba a la temprana edad de once años, en 1960, de haber hecho casi todos sus estudios en inglés y de haberse integrado a la cultura y la vida profesional de los Estados Unidos, el escritor cubano-americano Gustavo Pérez Firmat sigue considerándose un exiliado. Aquí proponemos analizar cómo se constituye esta identificación, de qué modo en sus ensayos Pérez Firmat explora y finalmente construye una identidad marcada por el exilio. Vemos cómo, para él, el espacio *real* de la nación es ante todo el de la experiencia concreta de los cuerpos, el lenguaje y la memoria.

Palabras claves: Gustavo Pérez Firmat, exilio, diáspora, Cuba, revolución cubana.

La inmensidad, el ilimitado desierto, la inexistencia del horizonte y el cielo fluido. La existencia del ser humano a quien esto acontece ha entrado ya en el exilio, como en un océano sin isla alguna a la vista, sin norte real, punto de llegada, meta.
María Zambrano, "El exiliado"

Desde el punto de vista de la experiencia, y de las escrituras que dan testimonio de esa experiencia, el exilio suele presentarse como un lugar. Se habla de "ir" o de "estar" en el exilio como si se tratara de un espacio en el mapa, como si se viajara a un sitio neutro, sin nacionalidad, sin historia y sin fronteras. Menos, en realidad, un territorio imaginario que un estado de la subjetividad. Como dice María Zambrano, el exilio es una situación que compromete los fundamentos mismos de la identidad: "El exiliado es el que más se asemeja al desconocido" (1990, p. 35). De ahí la insistente interrogación por el propio ser que se inicia en cuanto se asume la condición de exiliado, condición que supone un modo de existir, de nombrarse e identificarse. Que supone también, en algunos casos, una elección combativa.

Este último es el caso del escritor cubano-americano Gustavo Pérez Firmat, quien a pesar de haber salido de Cuba a la temprana edad de once años, de haber hecho casi todos sus estudios en inglés y de haberse integrado a la cultura y la vida profesional de los Estados Unidos, sigue considerándose un exiliado. Como tantos otros cubanos que salieron de la isla en aquella primera oleada emigratoria, la identificación de Pérez Firmat con el exilio lleva implícito el gesto resistente de quienes siguen acusando a la Revolución de haber aniquilado su patria verdadera y de haber ocasionado un trauma imborrable, tanto en sus propias vidas como en la vida del país. Para Pérez Firmat el asumirse exiliado supone colocarse en el lugar del adversario, oponerse a otro y situarse incluso ante la propia frustración: pararse "contra este yo que no quisiéramos ser pero somos" (Pérez Firmat, 2000, p. 70).

Asumir esta condición dramática ha sido la opción de muchos, pero no de todos los emigrantes cubanos. De hecho los motivos y la forma de la emigración han cambiado significativamente a lo largo de las últimas décadas, al tiempo que se fue extendiendo la noción más general y menos políticamente marcada de *diáspora*. El historiador y crítico cubano Rafael Rojas, él mismo emigrado, indica que "diáspora" y "exilio" no sólo son conceptos distintos, sino que también definen dos momentos diferentes de la emigración. Hasta mediados de los 80 las primeras oleadas de emigrantes cubanos se dirigieron sobre todo a los Estados Unidos, donde inauguraron una verdadera "política del exilio" activamente combativa. Pero desde entonces comenzó a producirse otro tipo de emigración, la de quienes se dirigen a ciudades latinoamericanas o europeas con permiso para residir en el exterior y regresar eventualmente a la isla. Este grupo – profesionales en su mayoría – vive su emigración como una diáspora y no tanto como una separación radical, lo que no implica necesariamente que su partida no tenga también contornos políticos. Para Rojas la verdadera diferencia entre quienes se consideran exiliados y los que se reconocen en la diáspora reside en la visión del retorno: "El exiliado piensa la repatriación como regreso definitivo que le devolverá la nación perdida y cerrará el lapso del destierro. El emigrante de la diáspora piensa, más bien, en una repatriación reversible, intermitente, más a tono con una era posnacional,

en la que es posible regresar a la isla sin residir para siempre en ella” (2003, pp. 189-190).

Definirse como exiliado supone entonces tomar partido respecto de esa nación perdida. La cuestión no es simplemente estar afuera o adentro, o quién decide las condiciones de entrada y permanencia en el país, sino qué proyecto de nación se ha perdido o ganado, o se quiere recuperar. Para muchos exiliados la verdadera patria ha quedado suspendida en el tiempo como un sueño traicionado, mientras que para quienes apoyaron la gesta de 1959 la traición está del otro lado, en quienes desertaron de aquel proyecto enarbolado por la Revolución. Todos los símbolos patrios entran en esta disputa, incluida la figura del exilio.

Porque en Cuba el exilio ha llegado a ser un símbolo nacional, sobre cuyos alcances, sin embargo, existen fuertes controversias. Guillermo Cabrera Infante, por ejemplo, lee la historia cubana como una trágica sucesión de fracasos, frustraciones y desatinos políticos, una historia en la que el desarraigo cobra una dimensión heroica. En su conocido *Mea Cuba* el exilio se presenta no sólo como una desgracia personal, sino como una especie de *fatum* o destino nacional, un mal irremediable que han sufrido todos los héroes de la patria, tanto los grandes como los pequeños, los de ayer como los de hoy, los célebres y los anónimos. Más aun, para Cabrera Infante el exilio *funda* la trágica condición cubana: “Cuba es el país que más exiliados ha producido durante más de siglo y medio de historia americana. Esa historia es la crónica de una pelea cubana contra el demonio. La literatura cubana, qué duda cabe, nació en el exilio” (1999, p. 365). Según esta visión, el último avatar en la lucha política, moral y metafísica del pueblo cubano es el largo gobierno revolucionario que tuvo su comienzo en 1959. Se deduce entonces que sufrir el destierro es ser víctima del mal, estar del lado de la “verdadera” república, de modo tal que el exilio se constituye en una posesión desdichada aunque positiva, un bien que en cierto modo restituye la patria a quienes fueron privados de ella.

Es evidente que una visión como la de Cabrera Infante va a ser resistida por quienes piensan desde el interior del estado revolucionario el problema del exilio. En un artículo dedicado al tema, el crítico cubano Ambrosio Fornet señala que el término “exilio” fue raramente usado en Cuba hasta los tiempos de la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933), época en la que se empezó a hablar de “ir al exilio” en lugar de “partir al destierro” o formar parte de “la emigración”, según era habitual en el siglo XIX. Fornet indica que este cambio léxico no fue exclusivo de Cuba sino propio del ámbito español, ya que según el diccionario de Corominas el término “exilio” fue de raro hasta 1939, es decir, hasta la finalización de la guerra civil española y el éxodo republicano. Así que pese a la longevidad del término, cuyo origen se remonta a la antigua Roma, su uso actual es en realidad bastante reciente y está, además, políticamente connotado. La noción de exilio suele llevar implícito un cierto dramatismo épico, un *pathos* especial que la cubre de prestigio y convoca solidaridades. Claro que Fornet no busca precisamente ahondar en este dramatismo sino más bien acotar los límites históricos del término, distinguiendo el sedicente exilio contemporáneo de la más heroica emigración del siglo XIX. En su visión, pretender que existe una tradición que nace con los próceres de la patria – justamente aquellos que la Revolución del 59 reivindica – y continúa en la diáspora actual, es incurrir no sólo en un anacronismo sino en una “inversión ideológica”:

Desde 1959, al analizar las posiciones políticas de ambas partes – los que están a favor y los que están en contra de la Revolución, tanto fuera como dentro de Cuba – nos topamos con un serio problema de carácter semántico e ideológico, y es que la realidad del exilio – o de sus variantes- forma parte de una tradición *revolucionaria* que entre nosotros se remonta a los tiempos de Varela y Heredia y se prolonga hasta los tiempos de Martí. De hecho, algunos de los símbolos patrios –la estrella solitaria, las palmas [...] – son, como sabemos, nostálgicas visiones de un poeta desterrado. Pero a los exiliados cubanos de hoy – y no solo al núcleo político más recalcitrantes, el que se conoce entre nosotros como “la mafia de Miami”- les resulta difícil reivindicar los términos de esa tradición sin sacarla de contexto, o prefieren, para sortear el obstáculo, negar que *esto* sea una revolución y no el simple escenario de una lucha por el poder. De ahí que hablen siempre de “Castro” y nunca de la Revolución Cubana. En otras palabras, la carga semántica del vocablo ya no es la misma; se ha producido una inversión ideológica del signo que, por distintas razones, lo convierte en una marca incómoda o inadecuada, tanto dentro como fuera de Cuba. No extrañe que en una encuesta realizada en 1995, en el sur de la Florida, solo el 34% de los encuestados se definiera como “exiliado cubano”, mientras que un 61% prefirió hacerlo como “cubano-americano” (2001, p. 24).

Para Gustavo Pérez Firmat la cuestión se resuelve en los términos de una opción radical: “Si me dicen *diáspora*, respondo: exilio” (2000: 108). Su posición respecto de Cuba sigue teniendo el carácter dramático que caracterizó a las primeras oleadas emigratorias de las que formó parte cuando era apenas un niño. En 1960 Pérez Firmat partió junto a su familia rumbo a Miami, esa *otra Habana* que el exilio edificó en la orilla norte del Caribe. Allí creció y se formó en un ambiente fuertemente nostálgico que pretendía mantener, contra el desgaste del tiempo y la memoria, la imagen viva del país abandonado. Estudió literatura, pasó por distintas universidades (Michigan, Duke) y actualmente es profesor de la universidad de Columbia. Alterna la docencia, el trabajo académico y la actividad literaria, y cuenta en su currículum con una larga lista de reconocimientos¹. En la Argentina – y quizás en Hispanoamérica en general – sus libros circulan muy escasamente, y si se lo conoce es sobre todo a través de los estudios sobre el fenómeno de la diáspora. Este es el ámbito en el que por lo general se insertan los comentarios sobre sus textos, escritos mayormente en inglés y en buena parte dedicados a pensar el difuso territorio identitario en el que se inscribe una producción literaria como la suya, a medias cubana, a medias norteamericana. Estos textos plantean cuestiones que hacen a la conflictiva situación actual de la cultura cubana, dado que problematizan las condiciones que permitirían incluirlos en el terreno de una literatura nacional. Claro que podríamos preguntar si aun tiene relevancia este problema en una época que relativiza las identidades y se dice globalizada y posnacional. Pérez Firmat considera que sí: “Si me dicen *globalización*, respondo: destierro” (2000, p. 108). El desarraigo es su poética y su política.

¹ Cf. su página personal: www.gustavoperezfirmat.com. Además de los textos a los que aquí nos referimos en particular, y de numerosos libros de investigación académica centrados principalmente en el estudio de la literatura hispanoamericana, el biculturalismo y el exilio, Pérez Firmat publicó una novela (*Anything But Love*. Houston, Arte Público Press, 2000), y libros de poesía (*Equivocaciones*. Madrid, Editorial Betania, 1989; *Bilingual Blues*. Tempe, Bilingual Review Press, 1995).

A continuación propongo algunas notas sobre una cuestión particular en este haz de problemas: la construcción de una escritura – y en esa escritura, de una identidad – marcada por el exilio.

Paradojas

De acuerdo con su etimología, la palabra “exilio” consiste en una pura privación: *ex-silium* significa en latín “desterrado”, “privado de suelo”². Si acordamos con esta etimología, al parecer la más plausible, la imagen que tenemos del exiliado es la de quien se encuentra en estado de suspensión, sin sustento bajo los pies, *en vilo*. Pérez Firmat, que adopta justamente esta idea como cifra del desarraigo, sugiere también otra posibilidad: que la palabra provenga de *ex-ilia*, “sacar las ilia o las entrañas”, de modo tal que “exiliar” vendría a constituir una acción no sólo privativa sino violenta, ya que sería sinónimo de destripar o “desentrañar”, y en última instancia de enajenar, en la medida que –según la conclusión de Pérez Firmat– “al ‘desentrañar’ a alguien, al expulsarlo al exterior, lo tornamos ‘extraño’” (2000, pp. 41-42). En esta ingeniosa variante etimológica se incluye pues todo un drama luctuoso y un reparto de roles. Allí está el sufrimiento de la víctima, la crueldad del expulsor y la tácita petición de solidaridad para quien no sólo fue despojado de suelo, sino aun de entrañas.

Lejos de suscribir la tesis de una era posnacional – al menos en lo que respecta a sí mismo – Pérez Firmat sigue ligado a una idea fuerte de nación como parte sustancial de la identidad. Esto justifica el *pathos* que inunda de melancolía su reflexión sobre el exilio, sobre todo si se tiene en cuenta la resignación – no exenta de resentimiento – con que contempla el total derrumbe de sus expectativas de retorno. No hay lugar a donde volver:

Si los cubanos de Miami no tenemos regreso, es igualmente posible que los cubanos de Cuba tampoco tengan regreso. No hay que emigrar para exiliarse –a veces el destierro más profundo nace de la inmovilidad. Igual que un hombre puede verse en un espejo y no reconocer la cara que lo mira, una ciudad y un pueblo pueden llegar a desconocerse (1997, p. 61).

Ciertamente el tiempo abrió grandes distancias entre la población emigrada y la local, pero ¿cómo es posible que los cubanos de Cuba “no tengan regreso”? ¿Regreso a dónde, a qué? Como Cabrera Infante, Gustavo Pérez Firmat da por supuesto que hubo alguna vez una Cuba más auténtica, más real, destruida por la Revolución. Y esa nación, que es la de su memoria, es un sitio al que realmente nadie, ni de un lado ni de otro, puede retornar. De esta imposibilidad da cuenta buena parte de su producción literaria, atravesada por la fuerza inocultable de un sentimiento patrio alimentado en el destierro.

En *My own private Cuba*, libro en inglés dedicado a la indagación de la “cubanía”, Pérez Firmat se muestra maravillado por la fuerza de este sentimiento, por “cómo gente que ha vivido toda o casi toda su vida en los Estados Unidos, España o Puerto Rico, puede seguir reclamando la

² Esta es la etimología provista por el *Diccionario etimológico latino-español* de Santiago Segura-Munguía, basado en el diccionario de Corominas.

nacionalidad de un país al que, en algunos casos, ni siquiera ha visto”³. Él mismo no es ajeno a este reclamo, sólo que en su caso lo que se requiere no es tanto la restitución un derecho político sino la legitimación de una identidad enraizada en el exilio, anclada justamente en el sitio de la ausencia. Esta paradoja – la de una identidad cuyo fundamento es la privación de fundamento – parece motivar su gusto por ciertas figuras del lenguaje que denotan contradicción. De allí que su discurso – como el de Cabrera Infante, virtuoso del humor amargo – esté poblado de giros conceptistas, retruécanos, paranomasias y juegos verbales. Como éste que da comienzo a *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio*:

Después de cuarenta años de exilio, durante los cuales se ha desvanecido poco a poco la esperanza del regreso, he aprendido a saber no-estar, y a estar sin saber. Es una lección que no quisiera olvidar, por si las moscas (por si las Moscú). Estar sin saber es un consuelo. Saber no estar es una protección.

Dialéctica del estar:

- Tesis, bien-estar
- Antítesis, mal-estar.
- Síntesis, contestar (bien o mal).

Estas lecciones son mi modesta contesta cumpleañosera.

Con Cuba, y contra Cuba (pp. 9-10).

Vivir en vilo

El año que viene estamos en Cuba (1997), autobiografía escrita originalmente en inglés y luego traducida por el mismo Pérez Firmat al español⁴, y *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio* (2000), su segundo libro escrito directamente en español, son textos dedicados a pensar en primera persona la situación del exiliado, especialmente de aquel que se sabe definitivamente “en vilo” porque no tiene ni retorno ni raíces en el país donde habita. Tal es el síndrome del “mal-estar”, el mal del desarraigo. Ambos libros proponen un registro a la vez lúdico, melancolizado y elegíaco del sentimiento patrio como componente sustancial del yo. Una experiencia verdaderamente agónica en el sentido original del término: puja de ataque y defensa, apología del derecho a ser el ciudadano de un país fantasmal. Si de algo dan testimonio estos textos es de la imposibilidad de sustraerse al trauma del exilio. Y del peso, en efecto sorprendente, de la gran tradición del nacionalismo cubano⁵.

Antes de estos libros Pérez Firmat había publicado *Life on the hyphen. The cuban-american way* (1994)⁶, un ensayo en el que investigaba la condición bicultural del emigrado cubano en los Estados Unidos. “Hyphen” es “guión”, y

³ “And yet it remains a mystery how people who have lived all or most of their lives in the United States or Spain or Puerto Rico can continue to claim the nationality of a country that, in some cases, they have never seen”. La traducción es mía. (1999, p. 229)

⁴ En su edición original: *Next year in Cuba, a cubano's coming of age*. New York: Doubleday (1995). Traducida como *El año que viene estamos en Cuba*. Houston, Arte Público Press (1997).

⁵ Cf. (entre la mucha bibliografía sobre el tema) el libro de Rafael Rojas, *La isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami, Ediciones Universal (1998). También su más reciente *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama (2006).

⁶ Traducido por el autor como *Vidas en vilo: la cultura cubanoamericana*. Madrid, Editorial Colibrí (2000).

alude en este caso al signo que separa los términos de la fórmula *cubano-americano*. Habitar este guión significa entonces no estar definitivamente en ninguno de los dos términos. La rayita, leída como símbolo, es menos la marca de una unión que el gráfico de la distancia que separa ambas regiones no asimilables. En su autobiografía, publicada tan sólo un año después, este “vivir en el *hyphen*” cobra un carácter más personal, puesto que decide poner en escena, y en primera persona, eso que Víctor Fowler llamó la “angustia por el origen” (1996, p. 127). Esta angustia es declarada ya desde el prefacio: “Los capítulos que siguen narran mi deseo de redescubrir o inventar un lugar donde plantarme, donde declarar de una vez por todas, ‘¡Aquí me quedo!’ –y así poner fin a muchos años de vaivenes y vacilaciones” (1997, p. I). Lejos del equilibrio entre los términos unidos/separados por el *hyphen*, lo que prevalece en este relato es el mal-estar, la continua oscilación de una identidad escindida y parcelada⁷.

Como sugiere el título bilingüe de la introducción (“Nacido en Cuba, *Made in the USA*”) la “cubanía” tan bien estudiada por Pérez Firmat entraña una relación con el origen que ninguna otra lealtad nacional puede sustituir, y esta marca es tanto más fuerte porque no fue elegida, y tanto más sensible porque fue labrada por el exilio⁸. El abandono de Cuba es la escena primaria en que se funda esta biografía, la escena que organiza y da sentido a su despliegue posterior. Si de lo que se trata es de encontrar una pacificación integradora, una cierta solidez donde asentarse, ciertamente la balanza va a inclinarse hacia el lugar del origen, la zona de mayor peso que yace en el fondo de una identidad marcada por el dolor. Formado en una familia que no cerró el duelo por el país perdido ni dejó de rendir culto a la patria invisible, Pérez Firmat distingue el “ser” del “estar”, lo medular de lo contingente, y reconoce, desde luego, como su verdad más íntima, esa zona de la personalidad que lo liga *por el cuerpo* a sus antepasados:

Cuba es mi patria, pero Estados Unidos es mi país. Patria es una palabra rara, ya que combina una raíz masculina (de *pater*, padre) con una desinencia femenina, como si el suelo que nos vio nacer fuese a la vez padre y madre. Por lo tanto, cuando digo que Cuba es mi patria, estoy aludiendo a mi linaje, estoy nombrando mi lugar de origen. La otra palabra, país, no tiene que ver con linaje sino con localidad, ya que desciende del latín *pagus*, que significa distrito o pueblo –lo que en algunas partes de Hispanoamérica se llama, precisamente, pago. De modo que si nuestra patria nos vuelca hacia el pasado, nuestro país nos coloca en el presente. Para el exiliado de muchos años, patria y país no

⁷ “No sé si a otros exiliados o inmigrantes les pasará lo mismo, pero a menudo me hago la idea de que tengo dos personalidades. Una en Chapel Hill y otra en Miami; una dentro de la clase y otra fuera de ella; una cuando escribo en inglés para mis colegas y otra cuando hablo en español con mis padres y mis amigos. Cambiante como el camaleón, variable como la veleta, soy ‘Gus’ o ‘Gustavo’, ‘Pérez’ o ‘Prez’. A la vez *new age* y medio tiempo: un americano precavido que merienda yogurt sin grasa y un cubanazo improvidente que se embute de pastelitos y fuma tabacos. Esos dos hombres no parecen la misma persona, pero lo son, pero lo soy” (1997, pp. 197-198).

⁸ Benedict Anderson subraya esta relación entre el lenguaje del parentesco y la percepción de la “patria” como una condición “natural” de la identidad. “En esta forma, la nacionalidad se asimila al color de la piel, el sexo, el linaje y la época de nacimiento: todas estas cosas no podemos escogerlas. Y en estos ‘lazos naturales’ sentimos lo que podríamos llamar ‘la belleza de la *gemeinschaft* [comunidad]’. Dicho de otro modo, precisamente porque tales lazos no se escogen, tienen cierto halo de desinterés” (2000, p. 202).

coinciden. Cuba ha dejado de ser mi país, pero siempre seguirá siendo mi patria. Estados Unidos no puede ser mi patria, pero se ha convertido en mi país (1997, p. 199).

En *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio* el discurso mismo se astilla en una pluralidad de meditaciones sobre esta experiencia de fragmentación interior. Aquí la cronología no importa, pero sí el momento vital: el texto dice haber sido redactado en el cumpleaños número cincuenta del escritor, la edad en que, según reza uno de sus epígrafes, “el hombre comienza a vivir de su pasado”. Este giro hacia atrás se describe en realidad como un retorno hacia dentro, un movimiento de anagnórisis del que surge, por fin, una certeza:

[N]o me resigno a vivir en el *hyphen*, en el “entre”, en ese vaivén que he tratado de reivindicar en algunos libros. No niego que la vida en vilo pueda satisfacer a otros; sólo afirmo que no me satisface a mí. Carezco de vocación de alambrista; el vaivén no me asienta, me marea. Y eso es lo que busco más que nada: asentarme, como lo estoy ahora en este butacón, en un solo idioma, en un solo país, en un ambiente con gente.

La vida en vilo nos obliga a vivir en el aire, del aire. Pero no somos criaturas de aire. Haber nacido en una isla ya es suficiente levedad. Envejecer es aterrizar. Pero ¿dónde? (p. 118)

La pregunta no tiene respuesta: queda, justamente, *flotando*. Sin embargo hay una salida implícita a lo largo del texto, y esta salida es la propia escritura como escenario de reconciliación, despliegue hacia lo externo de ese reencuentro consigo mismo. El hecho de escribir el libro en español tiene mucho que ver con esta labor terapéutica. Estudioso del bilingüismo, bilingüe él mismo, Pérez Firmat descrea de la total equivalencia de ambos idiomas. Para él existe una diferencia crucial que se decide al nivel del cuerpo. “En inglés la palabra es letra; en español, voz” (p. 56); el idioma de la infancia es la lengua sensible: sonido antes que signo, resonancia del recuerdo, afectividad, sitio percibido como real y sólido: “piel y no pellejo” (p. 80). Si como enseñaba Elías Canetti “el lenguaje es un lugar”, en el caso de Pérez Firmat este lugar es el hogar, pero un hogar reducido a su mínima expresión, un reducto aislado – privado – al que no responde nada del mundo circundante. La experiencia del exilio vibra especialmente en el idioma, en la relación de las palabras con los seres, en la distancia que de pronto aísla a cada objeto de su nombre y lo vuelve extraño, *unheimlich* (no familiar). También exiliada, la lengua abre un abismo de extrañeza y soledad entre el cuerpo y las cosas:

Sentado en el butacón que me acompaña hace más de veinte años, y que ha asistido a la escritura de un puñado de libros en inglés, empiezo a escribir, a desvivir. Me doy cuenta de que lo primero que debo hacer es cambiarles de nombre a los árboles que observo por la ventana. He creído que los objetos, igual que las personas, igual que los lugares, tienen una nacionalidad. Las cosas que conforman mi entorno llevan sus nombres a cuestas, y esos nombres las arraigan en un idioma. Ese roble a diez metros de mi ventana, es un *oak*; ese empinado tronco que le hace pareja, es un *pine*. Tendré que arrancárselos, Adán de nuevo, para bautizarlos en español (p. 17).

Escribir en español puede ser entonces “un acto de reconciliación” (p. 53), el retorno a un hogar. Pero también es cierto, y esto no deja de estar

presente, que se trata de un mundo completamente privado, condenado a perecer con el propio cuerpo. La suspensión es completa: no hay regreso porque no existe ya sitio a dónde regresar; no hay herencia porque los hijos ya están integrados a la cultura del país en el que viven, sin haber sufrido el desarraigo. El viaje de reencuentro con la patria interior cobra entonces la tonalidad de un canto fúnebre. En el momento en que declara no poder vivir en el *hyphen*, Pérez Firmat asume la identidad del exilio y deja la interrogación abierta: es preciso aterrizar, ¿pero dónde?

Ya lo había dicho en su autobiografía: “Por lo menos el exilio es una identidad (para algunos, ha sido también una carrera). Pero no queda del todo claro qué es lo que viene después del exilio si no es el regreso” (pp. XI-XII). La ironía del caso es que el dramatismo de esta vida en suspenso, con todas sus paradojas y perplejidades, le granjeó a Pérez Firmat un lugar en la historia del ensayismo cubano. Al menos así lo creyeron Rafael Hernández y Rafael Rojas al incluirlo en su voluminosa antología del ensayo cubano del siglo XX, publicada en México por Fondo de Cultura Económica.⁹ Más allá de las contiendas ideológicas, más allá de los agrios debates sobre la patria y la traición, la verdad y la culpa, una visión global del campo cultural de Cuba no podía – no puede – ignorar a este cubano “con rayita”, como él mismo se define. Sus reflexiones nos llevan a pensar el problema de las fronteras nacionales de la literatura en toda su complejidad, nos obligan a considerar la pregnancia, muy especial en el caso cubano, del sentimiento nacional como factor identitario fuerte en una época en la que este tipo de adscripciones es motivo de crisis y debate. Algo que Pérez Firmat deja claro, en todo caso, es que el terreno de sus reivindicaciones no es el de la ley o el derecho, sino el de la experiencia concreta de los cuerpos, el lenguaje y la memoria. Deja claro finalmente que, al menos para él, el territorio *real* de la nación o la patria no es geopolítico ni ideológico, sino subjetivo, la huella de una historia colectiva y familiar en el tejido denso de las pasiones.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- CABRERA INFANTE, Guillermo. “El nacimiento de una noción”. *Mea Cuba*. Madrid, Alfaguara, 1999 (365-382).
- FORNET, Ambrosio. “La diáspora cubana y sus contextos (Glosario)”. *Casa de las Américas*. La Habana, n. 222 (enero-marzo), 2001 (22-29).
- FOWLER, Víctor. “Miradas a la identidad en la literatura de la diáspora”. *Temas*. La Habana, n. 6 (abril-junio), 1996 (122-132).
- HERNÁNDEZ, Rafael y Rafael Rojas (compilación y prólogo). *El ensayo cubano del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- PÉREZ FIRMAT, Gustavo. *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*. Austin, The University of Texas Press, 1994.
- PÉREZ FIRMAT, Gustavo. *El año que viene estamos en Cuba*. Huston (Texas), Arte

⁹ Cf. Gustavo Pérez Firmat, “El sino cubanoamericano”, en Rafael Hernández y Rafael Rojas (compilación y prólogo), *El ensayo cubano del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 585-594.

Público Press, 1997.

PÉREZ FIRMAT, Gustavo. *My Own Private Cuba: Essays on Cuban Literature and Culture*. Boulder, University of Colorado, 1999.

PÉREZ FIRMAT, Gustavo. *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio*. Miami, Universal, 2000.

ROJAS, Rafael. *La isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami, Ediciones Universal, 1998.

ROJAS, Rafael. *La política del adiós*. Miami, Ediciones Universal, 2003.

ROJAS, Rafael. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona, Anagrama, 2006.

ZAMBRANO, María (1990) "El exiliado". *Los bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990 (pp. 29-44).

María Guadalupe Silva

Licenciada en Letras por la Universidad Nacional del Sur y Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, con una tesis sobre la obra de José Lezama Lima. Actualmente se desempeña como investigadora del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y desarrolla sus actividades en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires.

Contacto: titillatio@gmail.com